

Oswaldo Hernández

LIBRO DE MARIO

*Tal si llegara no la muerte
sino una parte de la muerte.*

Luis la Hoz

*También el ser supremo se equivoca.
Pero él corrige con milagros.*

Jorge Boccanera

a la memoria de Mario Molina

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

I

de nadie son estas erradas luces
este chocar de copas
estas cuidadas muecas de vecino bueno

uno se despide de uno ante el espejo
y se echa de nuevo a la calle
pisa las mismas grietas de la acera
el mismo estiércol seco de todos los perros del barrio
menos del tuyo
porque no tienes uno que te ofrezca un rabo alegre si regresas

y repites el mismo camino
y no piensas en la muerte
y la muerte existe y busca y encuentra
pero no la ves
y vuelves de noche y abor das la misma acera y cruzas el umbral
y no la ves
y Mario está sentado envuelto en todos sus dolores
el riñón seco
el cansancio agudo
el hígado obsoleto.
y la bandera blanca del vencido en la mirada
y no la ves
a ella no la ves

pero suena el teléfono e imaginas su voz
y piensas en la línea horizontal en la pantalla
y en Mario
que vacío de dolores
apaga la luz
y sonr íe

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

II

la muerte era una angustia lejana
era un trámite extraño
era ciertos rostros aturdidos y sus ojos

también solía ser el café oportuno a la hora en que las velas se van adormeciendo
justo cuando dentro flota Dios en un murmullo de oraciones
y en la acera de enfrente
alguien pierde con visible enfado su última mano de póker

así de ajena era la muerte

hoy es
una madrugada con neblina
las pastillas intactas en la cómoda
y un golpe en el corazón
cuando suena el teléfono

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

III

nada te llevaste
nos dejaste todo
te quedaste todo

están aquellos que inauguran con su huella otros caminos
sé de otros que bendicen nuevas aguas
con el fuego de sus labios marchitos

pero tú nada te llevaste

que tu último regalo fue una flor de luz en la sonrisa
me lo dijo tu muchacho
el que perpetua tu nombre
el que echa a olfatear su corazón
por todos los rincones de esta casa que siempre te respira
de estos muros donde paso mi mano y te encuentro
de este suelo sumiso a tu andar sordo y leve

nada te llevaste
lo sé por tu nombre que aletea jubiloso entre las ramas
porque nada se llevan los que nunca se marchan
los que incendian sus naves
con una flor de luz en la sonrisa

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

IV

Mario amaba el cine
poco menos que a Elena
quien amaba a Mario mucho más que a la voz de Raphael

Mario odiaba las armas
excepto si Clint Eastwood cortaba de un tiro la soga de la horca
o si Charles Bronson mataba delincuentes
desde la ventana de una viejecita

por ahí andaba su noción de justicia
amar y odiar con equilibrio

una noche
los hombres de la causa le ofrecieron la inmortalidad en la línea de fuego
a Mario le bastó señalar a sus cuatro hijos
para que ellos se marcharan con una mordida en el pecho

otra
llegó la Guardia a buscar armas
y los niños dijeron que esas no son cosas para preguntar a los chicos
y ellos se largaron
con una vergüenza más en sus pesados cascos

Mario amaba a su moto poco más que a la bola 8
pero una mañana
Elena recibió una bolsa con ropa llena de agujeros y sangre
y corrió al hospital

a Mario nunca le devolvieron sus pantorrillas
y la moto
en calidad de pieza de museo familiar
se fue haciendo nostalgia enmohecida

jamás se supo quién hizo gritar la metralleta aquella noche
pero seguro que no fue Clint Eastwood

seguro que no fue Charles Bronson

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

v

mi mano apretaba la de Ana con un sudor viscoso y frío

justo a medio noticiario
Mario dio la espalda al presentador
mientras Elena partía cebollas
con el afán de quien quiere ocultar la consabida razón de su llanto

yo era un rostro abatido bajo el peso de diez ojos que me hundían
mientras en la pantalla
un niño de ojos azules modelaba sus nuevos pañales decorados

Elena se fue haciendo una inmensa gotera sobre el plato de cebollas
cuando supo que por mi culpa subiría un rango en el organigrama familiar

háganle como quieran
dijo Mario
con la tranquilidad de quien ve un partido
ya sabiendo el marcador final

esa noche
apenas acabado el noticiario
cenamos ensalada de cebollas
con lágrimas de abuela recién ascendida

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

VI

otro sería el tiempo necesario para decir este dolor
otro que explicara tus botellas por un caño
tus jaquecas
tus barrotes
la pintura fresca del nunca abandonado afán
tiradero de estrellas como alpiste en tu patio

otro que dijera los revueltos fuegos tragándose lo pulcro
ojos exhaustos de abuelo milenario ante el otra vez mañana
ahínco del corazón y su miedo necio como grillo
denodado brazo en el remo del ir y venir y su condena

otro tiempo sería el necesario
uno que no me negara las dos monedas para tus ojos

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

VII

teníamos un libro de puertas inconformes
un árbol que dejaba nidos de oro en el techo
y cangrejos que robaban retazos de su látigo al rayo

el invierno en las ventanas era un caballo convocado por tu voz
frutas de agua de la India sonrosaban el silencio de los peces
y las ramas daban bronce suficiente para hacer un campanario

vuelve a casa
dijo Mario
por tu esposa
por tu hijo
vuelve que cualquier fatiga es nada si los amas
deja en paz el trigo de otros campos
si no es la vida la que falta
nada has perdido

me trajo el alba
y el libro era un caballo
y el silencio
pasto verde

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

VIII

ángel de las cosas tristes
busca en los cajones de los años idos
la pelota sucia de sus primeras glorias
el disco de Santana custodiado por leones
y el miserable ventrílocuo surtidor de asombros en los niños

dile que las hojas traen pálidas canciones
y que el disco que él daba por perdido
suena cada sábado en la casa del sastre
y que el pobre
grande y fuerte como es
deja tijeras e hilos
y apoyado en el marco de la puerta
ha llorado sin saber que lo hemos visto

dile que no entiendo por qué invisibles caminos
llega el frío arrogante hasta mis ojos

que sepa por tu oficio
que aquel circo en harapos viene cada vez con más frecuencia
que el mago cada vez es menos mago y más borracho
y que la bailarina
terminados sus rebotes y compases
recolecta ropa usada para el próximo hijo

y cuéntale
Ángel
la historia de un hombre que a menudo acude al sastre
a zurcirse el corazón con pálidas canciones

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

IX

bien pudiste ser un traje azul profundo
una casa inmensa y clara colmada de sol y aromas
un resplandor de piano diciendo siempre
esto es Bach
esto es Verdi
esto nace del eléctrico greñero de Beethoven

bien pudiste cada tarde
durante horas de pie frente a tu madre
toser con sobresalto sus últimos dolores
o cerrar los ojos
y tocar desde lejos los dorados tomos del estante
y decir
hello Whitman
hola Borges
bonjour Rimbaud

preferiste el humilde regocijo de amar las botas
la sal
las aceitunas

preferiste ungir el hierro con el fuego azul de tus espigas
para dar a las ventanas sus pechos de paloma
sus verjas a los cándidos jardines
y plantar en el patio el columpio de los niños
y verlos reír
y gritar
y volar
y decirles al golpear sus cabecitas una nube
esto es viento
esto es sol
esto es vida

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

x

no más tabaco
sentenció el hombre de blanco aquella tarde
y el paciente se puso la camisa

Elena recogió los ceniceros dispersos por la casa
y los últimos cigarrillos terminaron lamentando
su desplante en la basura

a menudo los hijos comentaban
con qué resolución se sometía Mario a aquel duro dictamen
hasta que alguien descubrió en el dispensario
que las cajas de antibióticos
en lugar de pastillas
contenían ufanos cigarrillos

nada de helados para Diego
dijo el doctor desde un enorme bigote sin boca
y anotó en la lengua de Galeno la dosis de expectorante

cada noche
a varias cuadras de la casa
un hombre y su nieto se sientan muy juntitos en la acera

a la primera bocanada
el niño decapita su helado de vainilla
y los cómplices se miran sin soltar una palabra
y suspiran
y bromean
y ríen
como dos locos solitarios
en un circo invisible

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XI

una tras otra caían las tardes
revolcadas por pies diminutos

en aquel barrio lejano como un dios
profundo como la fe
cualquier cosa que rodara tenía la magia de romper uñas contra piedras
sombras contra sombras
mugre contra mugre

rudo ofertorio de saliva y polvo
ritual de corazones oficiantes
barullo divino de goles y maromas

mi reino por un balón
dijiste para todos
y el cura del colegio acudió con uniformes
y una bola de cuero limpio y fino
a cambio de pellizcos y aleluyas en misa de seis
y de solemnes redobles en las fiestas de la patria

mi barrio por un estadio
gritaste años más tarde
y en las gradas explotaron bombos y tambores
robados de un armario salesiano

Diego abre el álbum en la foto dieciséis
el más bajito de los once va cargado en hombros
igual que aquel sábado de agosto
entre cuatro maderas

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XII

todas las horas se agolpan en la sal de este dolor
todas predicán la espuma de esta rabia sublevada

¿y si vivir es solo prolongar el precipicio que nos llama?
¿quedarse a adivinar los aromas del alma?
¿cargar una nuez en lugar de un corazón?

tengo la sed del árbol derribado
y el miedo de la leña en un invierno oscuro

no me sueltes corazón
que oigo el peso del viento en las hojas
cuando Elena me ve desde sus legumbres

vuelve contigo
Mario
a los años tibios del asombro
a esta esquina donde tus ojos la amaron detrás de la llovizna
a este cine donde el pecho palpitaba en penumbras
a este circo bullanguero y su prisa fluorescente

tengo la sed del árbol derribado
y el miedo de la leña en un invierno oscuro

no me sueltes corazón
que oigo el peso del viento en las hojas

no me dejes caer a mis abismos
aunque la vida sea dormir sobre el costado herido
y los aromas del alma
esta rabia
esta sed
este dolor

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XIII

¿y si vivir es ganar las formas del olvido
sobre lentas veladuras de años amarillos?

alguien dice en el polvo de la mesa
tu nombre que es mar y diptongo
¿polvo serás?

polvo de barro los hijos que plantaron flores en tu pecho
polvo es noviembre
polvo el humus de tus ojos
larga y furiosa la mano de la monja
sacudiéndote el polvo del pecado
y el pecado una lágrima ancha y sonora
asustando el polvo del verano en tu patio

juega
Mario
baja a barrer el polvo de tu barrio
con la pelota sucia de tus primeras glorias

baila
Mario
echa a andar el milagro de la aguja y el vinil
como hacías en aquellas Navidades de abrazos y boleros

baila
mar
cuarenta días con sus noches
andaré tu nombre haciendo olas
sobre el polvo enamorado de la mesa

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XIV

contabas huevos a la luz de una vela
la granja iba bien
mamá empeoraba

una vecina amplia como su bondad
se quedaba al borde de la cama
cuando ibas por calmantes a la farmacia

jamás conociste camino más largo y angustioso
jamás otro como aquel en que corrías con el corazón entre los dientes

entonces el miedo era un poso de sangre en la escupidera
un intruso viento azotando las ventanas
una tempestad de acantilado en el pecho

mamá empeoraba
la granja iba bien

definitivas razones para comprender la necesidad
de una horda de hienas muy bien acicaladas
merodenado baúles y gallinas

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XV

salieron como hormigas de todos los rincones
minúsculas tías barrigonas
endebles monjas de nariz informe envueltas en pulquérrimos gabanes
falsas madrinas
parientes jamás imaginados
apariciones de las más raras especies
cuanta avaricia produjo la noticia final de tu madre
se hallaba reunida en torno a los despojos de la casa

y como bichos diligentes que eran
hurgaron arcones
armarios
alacenas
el fondo de todo recipiente sospechosamente cerrado
hasta dar con las joyas
las monedas
el servicio de plata
los huevos de oro de la granja
los finos candelabros enchapados

nadie te incluyó como pieza de valor en el saqueo
excepto una vecina
amplia como su bondad

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XVI

tenías una hermana cuatro años mayor
y debajo de su ropa iba haciéndose evidente
la sorpresa delicada de la vida

de sus manos milagrosas
la leche y el pan se te ofrendaban siempre calientes
y el amor
y la casa
y el aliento
y la luz primera

harta del beaterío y sus venenos
amaneció un día en una ciudad deslumbrante
y en una familia bien
hacía las camas
limpiaba ventanas
servía la leche y el pan calientes
y el aliento
y la luz primera

a cambio de una paga obscenamente miserable
y un poco de público respeto

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XVII

alguien vino con noticias lejanas
y apresuraste el viaje a San Miguel
sin haber jamás entrado en sus terribles asfaltos

a más de vagas señas
no te dijo nadie en qué calle
ni cuál el árbol preferido por los niños
ni qué casa alumbrada por jardines
ni su número
ni cuál el nombre del perro en el umbral
ni el color y la estatura de sus muros
ni qué abolengo en la placa de metal junto a la puerta

y cómo percibir el calor de la sangre
entre el calor del aire que lo agobia todo
pensaste

entonces
empezaste a silbar el santo y seña convenido cuando niños
pero el mensaje rebotaba en los muros
y se perdía en los resumideros
y espantaba los gatos que dormían
como nubes de borrasca y de fuego

y se hacía ojos bruscos maldiciéndote con furia
pájaro invisible penetrando en las ventanas
perro sin olfato persiguiendo falsas huellas
nada de la nada en espirales de misterio
pero en otra sangre conocida se hizo el eco
y en una casa bien
una ilustre doña amaneció indefensa
ante el delantal y las ojeras

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XVIII

siempre un aire tibio en el pelo
y una frente limpia de iras

café y tabaco antes de misa
y en la mesa
abierto el libro de cuentas de la parroquia

sonreías de blanco
entre pantalones cortos
unas chanclas livianas
y el hueco de las pantorrillas que se llevó la guerra

feliz a pesar de los dolores

de noche
la vida goteaba entre agujas y oraciones

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

XIX

ella alarga una mano triste y palpitante
como si el peso de un corazón sostuviera en su cuenco

coge una camisa
fresca como un río
y se moja el rostro
con el perfume de las fascinaciones

aún sigue en esta cama
piensa
si es verdad que los relojes no mienten
si es que todo lo ven los espejos
si las orquídeas afuera respiran
como discretas encomiendas

Oswaldo Hernández

Libro de Mario

xx

ya están listos la ropa y los zapatos
y temprano habrá café y pan con mantequilla

mañana es fiesta de San José

que el abuelo no olvide las bombas de luces
le he dicho a Diego
y por eso va a acompañarte a comprar los fuegos de artificio
y le he escrito una lista
como el año pasado

pero cuando me ayudaba con la ensalada y esas cosas
lo vi un poco triste
porque el año pasado
por más que te esperamos
no llegaste al atrio de la iglesia a quemar la pólvora
y tuvimos que empezar sin que estuvieras

y cuando el cielo se iluminaba
pude ver que lloraba en silencio
y te buscaba con los ojitos húmedos

yo le he prometido que no volverás a hacernos eso
que todos a la vez saldremos de la casa
pero se ha puesto a llorar de nuevo
y se empeña en quedarse

no me hagas quedar mal
no permitas que le mienta